

Hasta la tumba

con mis muertos

CRISTIAN JARA ALVARADO

El taxista del Hyundai aceleró más que yo. A lo largo del día, era el quinto taxi que me ganaba los clientes. Me detuve en frente sin apagar el motor.

El encorbatado anciano por los gestos de sus huesudas manos se resistía a pagar el precio que el taxista quieto al timón exigía. La mujer del anciano en cambio, eléctrica y coquetona quería subir como sea. Era un sólo de finos huesos a punto de quebrarse. ¡Cinco! ¡Cuatro! ¡Cinco! ¡Cuatro, pues! ¡Cuatro soles! El conductor del Hyundai se negó, cerró bien su puerta y se fue.

Esta es la mía, me dije pero me contuve: «calma mamá», creí escuchar a Lucía intentando hacerme entrar en razón, eso también me dije: «no te emociones». El Hyundai aceleró y dobló la esquina. Triunfante y salvadora surgió yo. Aceleré tan fuerte que los atropellé.

Sin darles tiempo a gritar escuché un crujido de huesos que me imposibilitó continuar adelante. Me vi frente al retrovisor. Temblaba mi cara. Con las piernas entumecidas reflexionaba entre dientes sobre lo que acababa de ocurrir en la esquina donde a esa hora, no había un alma. Todo es mentira, estoy soñando, creí. Estoy soñando. Tomé conciencia rápidamente y retrocedí, aceleré y retrocedí, repetidas veces. Parecían arañas gigantes. En el pecho del viejo había una caja azul aplastada envuelta en papel de regalo. Una tarjeta decía: «para Julito», de sus abuelos. Los arrastré. Los arrojé al coche llorando de rabia, lo que me espera pensé, la policía, mi hija, la familia de los viejos. Me vi dentro de un calabozo, dije no y

arranqué el letrero de taxi. Tengo dos muertos atrás y no sé a dónde ir. A partir de ahí ya no fui yo. Mi pasado una sombra y el futuro otra y el presente, ay el presente, un suelo aceitoso donde en cualquier momento podía resbalar. Me acerqué a una ferretería y compré una pala, bolsas negras lo repetí varias veces al vendedor, las más grandes que encuentre y vaya a saber qué cara le habré puesto que se desinteresó por un momento de la conversación que mantenía con otros dos hombres demasiado elegantes para aquella zona. Policías creí porque los tres empezaron a estudiarme con la mirada. Policías. Mierda. O efectivos del servicio de inteligencia. Tuve que hacer lo mío, es decir, caminar muy yo, muy femenina para no desatar sospecha.

Pasé por casa. Lucía no estaba, abrí su desordenado armario y saqué dos empolvadas mochilas. Bajé por las escaleras como loca en dirección a la calle. Con las bolsas negras cubrí ambos cuerpos fijándome en la ropa impecable y apropiada para esa tarde rota que los dejó a medio camino. Nos sorprendió la noche en una esquina del parque Castilla y rebusqué en los bolsillos. En la cartera, la señora traía un gas-tado labial y un paquete vacío de Kleenex, en el bolsillo del pantalón del viejo había doblado un billete de cincuenta soles en cuatro, las fotos de dos pequeños me acusaban en el interior de la billetera. En un bolsillo del traje había un papel con una dirección. Apagué mi móvil y temí ser detenida por la policía. Me vi interrogada en una comisaría y tuve frío cuando me imaginé siendo trasladada con las esposas, arañándome las muñecas a un penal de máxima seguridad. Era principio de los noventa. Todavía había terrorismo y el gobierno quería saber

todo de todos. En la carretera una ambulancia lloraba por mí. Camiones presurosos y coches con parejas abrasadas. A un lado del peaje había tres patrullas. Nunca en mi vida he sudado tanto como aquella vez. Estaba nerviosa. Sudaba y temblaba. Cogí el móvil y fingí una conversación.

-¿A dónde señorita? se me acercó un robusto policía enfocándome con una linterna.

-A mi casita de playa oficial -le dije, mostrándole media pierna. A dejar cositas.

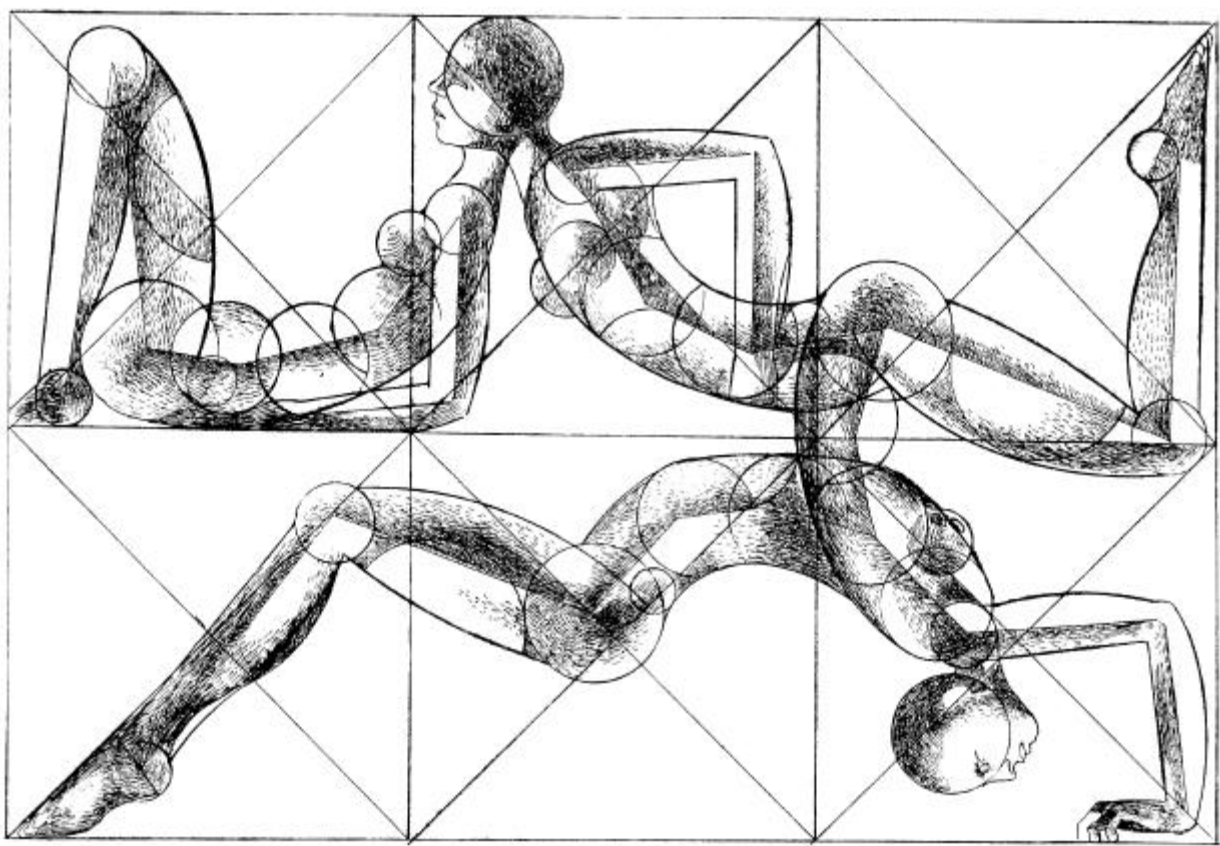
-¿Y por qué tan solita? -me preguntó cachondo el poli.

-Ya ve -aproveché y me abrí de piernas -parece que no hubiera hombres en este mundo y los que lo parecen, lucen uniformes que los hacen aún más atractivos cuando están trabajando.

El oficial enrojeció. Me devolvió el DNI y sin mirarme siquiera me dejó seguir, pagué la salida y continué en dirección

al desierto de Chilca, ahí, había decidido hacer un alto y doblar a la izquierda. Me desconocí acelerando muy segura en medio de la oscuridad.

Detuve el coche, encendí un cigarrillo y le di una profunda calada. Los ojos fríos de la luna latían imponentes iluminándolo todo, escuché grillos y las estrellas en el cielo parecían cuchillos filosos listos para descuartizarme. Cavé una fosa profunda. Los arrojé. Cuando los cubrí de tierra sentí alivio. Sellé la tumba de mis palabras con un sentimiento de culpa que no se lo deseo a nadie. Abandoné el desierto y vi luces de camiones en dirección al sur confundiendo con la luz que desprenden los aviones y los establecimientos que agonizan en medio de la carretera. Por momentos me embriagaba de culpa. Recorrí la ciudad hundida en pensamientos, en ideas que se zambullían en la piscina de mis dudas. Creí que no iba a hacer falta decirselo a Lucía pero cuando me toqué el pecho me di



cuenta que no tenía la cadena de la primera comunión, seguro debí haberla dejado en el baño o se me cayó cuando cogí las mochilas, tal vez en las escaleras, la di por perdida, me dio pena porque más que un símbolo era el escondite perfecto de un pasado estudiantil lleno de ilusiones. Cuando entré a casa fui directamente al baño y no la encontré. Lucía veía la tele. Me acerqué a ella y la abracé. ¿Qué pasa mamá? me preguntó asustada. Nada, le dije besándole el cabello, estoy cansada hija.

Me descalcé los zapatos y me tumbé en la cama. Cambié los canales de televisión como si fuese un saludo, un bostezo diario que alivia. Esa noche en el informativo de las diez anunciaron la desaparición de los dos ancianos. Vi sus fotos y los familiares exigían que los devolvieran a salvo porque son pobres, que todo se ha debido a una equivocación. Habló una mujer joven, canosa pero joven, decía ser la madre del niño secuestrado, se dirigió a los secuestradores, diciéndoles que ni el niño ni los ancianos tenían culpa, que por favor los entreguen y que no tienen dinero para rescatarlos. El niño, según me enteré, había sido secuestrado dos semanas atrás.

No sé en qué terminó aquella historia. Desde luego no más vi un informativo. No más compré un periódico. Lo del taxi, conforme fue pasando el tiempo se me daba mejor, incluso logré dominar las calles del centro, me daba el lujo de cortar rutas que en mis ratos libres descubría y si me ganaban una carrera me largaba de la zona aborreciendo a mis rivales.

Al cabo de un año le hice un servicio de taxi a un chico. Estudiante, deduje. Mientras conduzco, juego al pasado, presente y futuro de mis clientes. Este tenía pinta de estudiante, de letras más que de ciencias. Sin embargo, me pidió lo llevara y que enseguida me indicaría la dirección, pero que fuera avanzando rumbo a Chorrillos. Tiene plata, creí. El muchacho estaba nervioso y se le hacía imposible comunicarse a través de su teléfono móvil. Cuando llegamos a Chorrillos recién consiguió hablar. Aló. Aló. Pidió la dirección exacta. Había que entrar a la panamericana sur y dirigirse hasta el desierto de Chilca, a la altura del kilómetro catorce, dibujó un mapa que me dejó fría. Temblé y con la boca seca aceleré, abrí las ventanas del coche y aceleré aún más oyendo discutir al chico. ¿Estás seguro que es ahí? Preguntó y lo empe-

cé a mirar con otros ojos. En las manos sujetaba una libreta de apuntes. Entonces por nuestro lado izquierdo y en medio de la carretera decenas de patrullas se comieron la vía velozmente dejándonos atrás.

–Acelere señora, por favor –me exigió el periodista.

–Sí. Voy, voy.

Había tardado en darme cuenta y no quise preguntarle para qué medio trabajaba. Sentí en sus ojos la vivacidad de los que lo saben todo. Una vez que le indiqué que ya sabía como llegar, me preguntó que cómo era posible que no tuviera conocimiento del caso que había sacudido al Perú. Y me empezó a interrogar. Yo, sin dejar de sudar le contestaba con monosílabos. Se quejó de la policía, del gobierno, se quejó del sistema. Cuando entramos al desierto el viento era un quejido, olía a incendio mal apagado y por momentos se colaba un penetrante olor a brisa que parecía el aliento podrido del mar. Bajé la velocidad. Había mucha gente. Más adelante por favor, señora, me indicó señalando el tumulto. Detuve el coche a un lado. Atrás de nosotros llegaron periodistas de todo el mundo, patrullas de la policía, abrían y cerraban sus puertas. El médico legista presenciaba el descubrimiento como si fuese un arqueólogo. Cientos de curiosos se agolpaban ahí sólo para mirar. Nadie reparó en mi presencia. Aún así bajé. Respiré un poco de ese aire, fijándome en las piedras estáticas prendidas a los cerros. Les inventé ojos, creyendo que alguien me iría a delatar, caminé en dirección a mi coche, un Hyundai del 91 fruto de mis ahorros. Sin detenerme debido a la sorpresa, me agaché, la cogí y la apreté con una mano. Ni siquiera me atreví a dejarla en el asiento de al lado. La apreté fuerte y encendí nuevamente el coche y salí de ahí, lentamente con el corazón mordido y el alma chueca. A medida que avanzaba hacia la carretera caía como una tela muy oscura la noche en la que me sentí más protegida. Había enterrado tanto mi culpa que ni yo misma me lo creía. Ya en la panamericana sur y presa de velocidad abrí mi mano. A ciento veinte kilómetros por hora apreté nuevamente el caliente oro de mi cadena y volví a esa confesión primera, a la hostia, a la túnica y a la torta blanca con el cáliz en medio y por supuesto a las fotos, obsesión de quienes atesoran el pasado. Esta culpa me la llevo a la tumba. ■